

MODELOS DE DESCRIPCIONES DE PERSONAS

Así era Momo

Pero un día corrió la voz entre la gente de que últimamente vivía alguien en las ruinas. Se trataba, al parecer, de una niña. No lo podían decir exactamente, porque iba vestida de un modo muy curioso. Parecía que se llamaba Momo o algo así.

El aspecto externo de Momo ciertamente era un tanto desusado y acaso podía asustar algo a la gente que da mucha importancia al aseo y al orden. Era pequeña y bastante flaca, de modo que ni con la mejor voluntad se podía decir si tenía ocho años sólo o ya tenía doce. Tenía el pelo muy ensortijado, negro como la pez, y con todo el aspecto de no haberse enfrentado a un peine o unas tijeras. Tenía unos ojos muy grandes, muy hermosos y también negros como la pez y unos pies del mismo color, pues casi siempre iba descalza. Sólo en invierno llevaba zapatos de vez en cuando, pero solían ser diferentes, descabalados, además le quedaban demasiado grandes. Eso era porque Momo no poseía más que lo que encontraba por ahí o lo que le regalaban. Su falda estaba hecha de muchos remiendos de diferentes colores y le llegaba hasta los tobillos. Encima llevaba un chaquetón de hombre demasiado grande, cuyas mangas se arremangaba alrededor de la muñeca. Momo no quería cortarlas porque recordaba, previsoramente, que todavía tenía que crecer. Y quién sabe si alguna vez volvería a encontrar un chaquetón tan grande, tan práctico y con tantos bolsillos.

(Michael Ende: Momo, ed. Alfaguara, Madrid 1.986.)

Mi abuelo

Mi abuelo tiene setenta años de edad. Es un hombre de estatura media, algo encorvado ya por el peso de los años. Tiene el pelo cano, orejas amplias, nariz ganchuda, ojillos grises y boca grande con labios finos. Anda demasiado inclinado hacia delante y con la vista fija en el suelo, como si buscara algún objeto perdido.

Tiene un carácter tranquilo y pacífico. Su plan de vida es muy sencillo: se levanta temprano, desayuna, se da un paseo y regresa a la hora del aperitivo. Le gusta leer un poco antes de comer y, otras veces, después de la comida. A continuación, el paseo de la tarde. Es buen andarín, se recorre calles y calles incansablemente. No le importa pasar un día y otro por las mismas plazas, los mismos edificios y los mismos escaparates. Después, la cena, la televisión y a la cama.

Sólo tiene una manía: no puede ver pelos largos. Pero es que para él, pelo largo es el que llevan, por ejemplo, los reclutas. Dejando a un lado esta manía, el abuelo es un hombre con el que se puede convivir de maravilla.

El enanito Nueve

El enanito se llama Nueve porque es el menor de nueve hermanos. Es un ser diminuto y saltarín. Su chata naricilla está siempre roja y reluciente como una brasa. En su cara pequeñita, sus ojos vivarachos y azules como el cielo se mueven sin cesar. Es muy sabio y valiente; pero, a veces, se vuelve tierno y mimoso como una niña.

Los enanitos del bosque

Cuando asoma la luna, los enanos del bosque, pequeñitos, rechonchos y saltarines, se ponen a jugar. Se les conoce porque tienen una larga barba, espesa y muy blanca, y un gorro colorado tan grande que casi les tapa las picudas y aplastadas orejas. Los enanitos son tranquilos, alegres y juguetones, pero tan miedosos que saldrán corriendo si te ven llegar. Suelen tener un nombre muy corto y muy curioso.

Juan, el panadero

Mi amigo Juan, el panadero, es bueno como el pan que hace. Es francés y toda su vida ha vivido en París.

Juan es alto y robusto como el oso. Tiene una espalda muy ancha y unas manos enormes. Tiene el pelo negro y rizado. Destacan en su cara unos intensos ojos azules y unos dientes blanquísimos.

Es un hombre muy simpático con todo el mundo, sobre todo con los niños.